

« de las costumbres y de la autoridad deben ar-
 « ruinarse con los de la religion. » Estas observa-
 ciones fueron tratadas aun de vanas alarmas : el
 rey tenia en su Consejo unos hombres á quienes la
 filosofía contaba altamente en el número de sus
 partidarios : Voltaire, tratando este asunto, escri-
 bia á Federico, el 8 de agosto de 1775 : *Nuestro rey*
ha escogido á filósofos por ministros, menos uno que
tiene la desgracia de ser devoto (el mariscal del
 Muy). *Hé aquí el principio de una revolucion grande.*
 Celebraba mucho sobre todo la eleccion de
 MM. Turgot y de Malesherbes. El primero era eco-
 nomista, hombre sistemático, con ideas nuevas,
 manifestando mucho deseo de ponerlas en prácti-
 ca; el segundo, mas moderado, pero muy poco fa-
 vorable á la religion. Esta eleccion no fué sino el
 preludio de otra, que tuvo lugar mas tarde, y pa-
 reció á la filosofía una nueva victoria. Un banquero
 de Ginebra, protestante, fué puesto en el minis-
 terio de Hacienda. Se le pintó al rey el uso que ha-
 cia desechar el servicio de un estrangero no cató-
 lico como una preocupacion solo digna de los si-
 glos supersticiosos y bárbaros. Muchos hombres,
 ocupando puestos, cortesanos y gran señores, aco-
 gian las opiniones nuevas, y protegian sus defen-
 sores. La asamblea del clero, no pudiendo oponer
 otra cosa al torrente que sus exhortaciones y repre-
 sentaciones, ordenó una Instruccion en que se
 presentasen á los pueblos las ventajas de la reli-
 gion y los perniciosos efectos de los sistemas contra-

rios á ella. M. de Pompignan, arzobispo de Viena,
 prelado ya conocido por muchas obras sobre esta
 materia, fué encargado de redactar una sobre el
 plan propuesto. Su trabajo respondió á las miras
 de la asamblea, y por ella fué adoptado. Allí se es-
 ponian siete ventajas que la fe procura á los hom-
 bres, y que la incredulidad les arrebatava : 1^a el re-
 poso del espíritu humano en el conocimiento de
 la verdad; 2^a el sentimiento interior de la virtud;
 3^a el freno del vicio y el remordimiento del cri-
 men; 4^a el perdon de los pecados; 5^a la consola-
 cion en los males; 6^a la esperanza de la inmortalidad;
 7^a el orden público en la sociedad civil. La
Advertencia trazaba sobre cada uno de estos pun-
 tos la consolante doctrina del cristianismo y los es-
 travíos desesperantes de sus adversarios. « Por una
 parte espesas nubes sobre la verdad, el disgusto de
 la virtud, el vicio sin freno, el crimen sin remor-
 dimientos, los pecados sin espiacion, los males sin
 consuelo, sustituida la perspectiva de la nada á la
 de la inmortalidad, las leyes caducas en el orden
 político, el germen de la rebelion en los vasallos,
 desencadenadas las pasiones en los soberanos: por
 otra parte, la religion asegura estas mismas venta-
 jas que los sistemas de los impíos hacen perder. »
 La *Advertencia* concluía con unas exhortaciones á
 los fieles, á los que se habia dejado seducir por la
 nueva doctrina; finalmente tambien á los escrito-
 res encarnizados por trastornar las mas saludables
 instituciones.

— El 4 de diciembre, la asamblea del clero condena muchos libros irreligiosos. Muchos de ellos se habian ya censurado en 1765; pero su número se habia aumentado aun prodigiosamente despues, y apenas pudiendo la asamblea designarlos todos, se contentó con proscribir en general todos los que se habian hecho contra la religion, las costumbres y la autoridad, y con nombrar especialmente catorce de ellos, los cuales juzgó sin duda mas peligrosos. Estos eran el *Cristianismo desmascarado*, la *Antigüedad descubierta por sus usos*, el *Sermon de los cincuenta*, el *Examen imparcial atribuido á Bolingbroke*, el *Contagio sagrado*, el *Examen crítico de los antiguos y modernos apologistas de la religion*, la *Carta de Trasíbulo á Leucipo*, el *Sistema de la naturaleza*, el *Sistema social*, las *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, del *Hombre*, la *Historia crítica de la vida de J. C.*, el *Buen Sentido*, y la *Historia filosófica y política de los establecimientos de los Europeos en las dos Indias*, por Raynal¹. La asamblea los condenó como que enseñaban el *ateísmo*, la

¹ Hemos nombrado sucesivamente los autores de la mayor parte de estas obras. *La antigüedad desmascarada por sus usos*, se dice que es obra postuma de Boulanger, hecha de nuevo y publicada por el baron de Holbach, que siempre hallamos en la pintura de los ataques que se dieron en aquel tiempo á la religion. Es muy verosímil que el baron haciendo de nuevo aquella obra la ha alterado, dándole un color mas marcado y conforme á los pensamientos del editor. Se le atribuye aun, ó mas bien al corrillo cuyo gefe era, el *Sistema social* y el *Buen sentido*. La *Carta de Trasíbulo á Leucipo* es de Freret. Esta obra es la única filosófica que haya dejado, y se engañaron los que le atribuyeron otras.

corrupcion de costumbres y la *rebellion*. Esta censura fué firmada de treinta y cuatro obispos que estaban en la asamblea, y enviada á todos los demas prelados. Tambien se elogió y estimuló á muchos escritores que habian tomado por su cuenta la defensa de la religion, y entre otros á los señores Bergier, Pey, Gerard, Guénée, Duvoisin, Martin y Floris. El primero singularmente habia salido mas de una vez á la palestra, é impugnado con suceso las principales producciones de la incredulidad. Sucesivamente habia dado á luz el *Deísmo refutado por sí mismo* contra los sofismas y objeciones del autor del Emilio; la *Certidumbre de las pruebas del cristianismo*, en respuesta al *Examen crítico de los apologistas de la religion*; la *Apología de la religion cristiana* contra el *Cristianismo desmascarado*, y el *Examen del materialismo*, ó *Refutacion del sistema de la naturaleza*. Terminó sus trabajos en este género con su gran *Tratado histórico y dogmático de la verdadera religion*, que abraza el conjunto de los hechos y pruebas sobre que reposa nuestra fe. En el mismo tiempo otros muchos eclesiásticos mostraban su celo y sus talentos por la misma causa. Desde 1759 el abate Guyon habia manifestado en el *Oráculo de los nuevos filósofos* las infidelidades de muchas especies cometidas por Voltaire en sus escritos publicados hasta entonces. Tres años despues, Nonotte, en sus *Errores de Voltaire*, habia desempeñado la misma tarea de un modo mas estenso, y habia mostrado quanto este detractor del

cristianismo se habia apartado de la exactitud histórica, tanto en su *Ensayo sobre la historia general*, como en su *Siglo de Luis XIV*, y en algunas otras obras confesadas por él, y quanto se dedicaba con una afectacion y una mala fe notables á desnaturalizar los hechos, y hacer todo lo que pertenece á la religion ridículo y odioso. Despues publicó su *Diccionario filosófico*. Gauchat se habia dado á conocer por una obra á la que para ser mas util talvez no faltaria mas que estar reducida á un cuadro mas estrecho. Le François habia publicado sucesivamente las *Pruebas de la religion*, la *Defensa de la religion*, las *Observaciones sobre la filosofia de la historia*, y el *Examen de los hechos que sirven de fundamento á la religion*. M. Jamin se propuso en sus *Pensamientos teológicos* poner principios que confundiesen al mismo tiempo á los enemigos de la religion y de la Iglesia. M. Bullet se mostró igualmente instruido y juicioso en sus *Respuestas críticas á muchas dificultades de los incrédulos sobre los libros santos*, en su *Historia del establecimiento del cristianismo sacada de solos los autores paganos*, y en la *Existencia de Dios demostrada por la naturaleza*. El abad de la Marre justificó la fe de todo reproche de contradiccion con la razon. El abate Floris sostuvo los derechos de la religion contra las máximas de la filosofia. El abate Paulian opuso la verdad al error en su *Diccionario filosófico-teológico*. Entre muchas obras del padre Hayer se distinguió su *Tratado de la espiritualidad é inmortalidad*

del alma. M. Aymé merece ser citado por sus *Fundamentos de la fe puestos al alcance de todos los talentos*. M. Duvoisin estableció en dos obras separadas la *Autoridad de los libros de Moisés y de los del Nuevo Testamento*. Feller dió su *Catecismo filosófico*, y refutó con especialidad un folleto de Voltaire y las *Épocas* de Buffon. Pey publicó el *Filósofo catequista*. El abate Guenée unió la sal del chiste á la fuerza de las razones en sus *Cartas de algunos judíos alemanes y portugueses á M. de Voltaire*, produccion feliz y justamente célebre, que prueba en el autor tanto gusto y moderacion como juicio y solidez, y que forzó á sus contrarios á estimarle y alabarle. El abate de Gourcy hizo revivir los antiguos apologistas del cristianismo. M. Gerard mostró en una ficcion interesante los desvíos de un joven arrastrado por sus pasiones y por perniciosas compañías, y las pruebas que tarde ó temprano traen á la religion un ánimo recto y un corazon naturalmente virtuoso. M. Regnier estableció en un tratado estenso la *Certidumbre de los principios de la religion*. El abate Barruel se dedicó principalmente, en sus *Cartas Helvianas*, á reunir las contradicciones de los filósofos, describir sus continuas variaciones, patentizar los absurdos de sus sistemas, y provocar ya el desprecio por sus ridículos conceptos, ya la indignacion por sus sediciosas exhortaciones, sus principios corruptores y sus declamaciones impías. Otros escritores se juntaron con mas ó menos suceso á los que acabamos

de nombrar. Numerosas reclamaciones se opusieron á los esfuerzos de la incredulidad : aparecieron obras útiles para afirmar la fe en el corazón de los pueblos ; pero de todas las que se publicaron en la época en que nos hallamos de estas Memorias una de las mas señaladas fué la *Instrucción pastoral* dada el 1º de febrero de 1776 por M. Montacet, arzobispo de Leon, *sobre las fuentes de la incredulidad y los fundamentos de la religion*. Este prelado no habia sido de la última asamblea, y creyó deber elevarse en su propio nombre contra el azote que ella habia combatido. Su Instrucción estaba, como lo anuncia el título, dividida en dos partes : en la primera esponia las causas de la irreligion, las pasiones de los hombres, la depravacion de sus corazones, los desvaríos del entendimiento, la propension á los sistemas, la manía de raciocinar de todo, el desprecio de la autoridad, conocimientos superficiales, la indagacion de una vana gloria, el deseo de parecer superior al vulgo, en fin un espíritu de independenciancia y de rebelion. Hacia observar cuán desoladora era la doctrina de los modernos incrédulos, cuán destructores de las virtudes y perniciosos á la sociedad sus principios, cuán poco persuadidos parecian ellos mismos de lo que predicaban, poniendo las personalidades, las diatribas y los sofismas en lugar de la moderacion y del raciocinio, cuán poco acordes entre sí estaban por lo comun, destruyendo el uno lo que habia levantado el otro, y cada uno sustituyendo los ca-

prichos de su imaginacion á los dogmas confesados por la razon, y consagrados por la fe. En la segunda parte el arzobispo mostraba los fundamentos de nuestra creencia, la necesidad de una revelacion, las miserias del hombre, la divinidad de la ley antigua, la autenticidad de los libros de Moisés y de los profetas, las pruebas de la venida del Mesías, la obstinacion de los judíos predicha, y cumpliéndose todos los dias, dando testimonio contra ellos su dispersion, todo el antiguo y nuevo Testamento confirmándose y apoyándose el uno al otro, los apóstoles sosteniendo su predicacion con prodigios, confesados aun por los enemigos de los primeros cristianos, el establecimiento de la religion á pesar de los obstáculos que ponian las potestades y las pasiones, la justicia de la sumision que Dios exige de nosotros á unos misterios que aunque superiores á la razon, no le son contrarios, la belleza de la doctrina de J. C., la perfeccion de su moral, los brillantes frutos del cristianismo, las virtudes de una multitud de santos, y los beneficios de que el universo es deudor á la religion. Estas consideraciones generales se terminaban con avisos del prelado á sus diocesanos para fortalecerlos contra el lenguaje y escritos de los filósofos.